

A 250 años de su muerte

BACH:

LA MÚSICA, DIOS Y EL HOMBRE



Retrato de J.S. Bach
(Anónimo)

*“Sin Bach, la teología estaría desprovista de objeto,
la creación sería una ficción, la nada perentoria...”*

*“Si hay alguien que debe todo a Bach, aquel es Dios”
(Ciorán, Silogismos de la amargura).*

Roberto Saldías, S.J.

Sin duda, la afirmación del epígrafe puede parecernos por lo menos rara, por no decir imprudente o agresiva. Sin embargo, ella revela la verdad profunda de aquel que la pronuncia: un hombre que en su necesidad de calma interior, descubre a alguien que le habla de Dios. Como el propio Ciorán lo afirma, fue el mismo Bach quien generó en él “divinidad” y dio sentido a su religión; quien le permitió, en definitiva, pasar por alto el desgarrar de su historia y de su tiempo. Ciorán creyó que la música de Bach lo desencarnaba y lo hacía salir de los confines del sufrimiento, porque no entendió que el don de aquella música es, precisamente, todo lo contrario: una música de la Encarnación, una música del Dios hecho hombre que atraviesa la linealidad de la historia para abrirle el camino hacia la Eternidad. No pisaremos más el terreno de este metafísico de la amargura y la desesperación. Dirijamos ahora la mirada hacia su “divino” mediador: el hombre que hizo de la música una verdadera teología.

EL ALMA DEL MÚSICO

Juan Sebastián Bach nunca ha sufrido de la moda. No la necesita y, por lo mismo, estas líneas que proponemos no pretenden ser sino un simple reconocimiento. A Bach hay que dejarlo en el sitio donde ya se encuentra, en el estrado humilde y a la vez sublime del maestro: grandeza y austeridad; presencia y sombra paternal de la música y del arte. Aquel lugar que sólo le es permitido por la belleza de su obra: creación verdadera que se completa con la historia de

cada uno de nosotros, seamos intérpretes u oyentes.

Los largos años de silencio que siguieron a su muerte —el mes de julio de 1750— parecen haber sido impuestos por él mismo. Algo había aún que madu-

El “pensamiento musical” de Bach lleva la marca indeleble de la cruz y, al mismo tiempo, de la fuerza reparadora y libre de la Sabiduría creadora.

rar, algo tenía que terminar de germinarse y el mejor lugar no podía ser otro que el seno del mismo Creador. Fue la joven intuición de Mendelssohn la que, medio siglo más tarde, hizo que Bach volviera a dirigirnos la palabra, aquella palabra plena de una profunda comprensión del hombre y de Dios, a través de la *Pasión según San Mateo*, una de las obras de música religiosa más grandes de todos los tiempos. Después del silencio, la nota

que continuaba el itinerario de la obra no era ni ardiente, ni explosiva, sino profundamente dolorosa e impregnada de compasión: el camino de Jesucristo hacia la cruz. En efecto, la profundidad espiritual y, por qué no decirlo, casi mística del compositor, se nos revela en un acontecimiento crucial para el cristianismo, la pasión y la muerte de Cristo.

Desde aquel día es su obra la que nos propone descubrirlo y conocerlo. A ella debemos dirigirnos si queremos aproximarnos a la profundidad del “Cantor de Leipzig”, que no es otra que la profundidad de un hombre de fe. Esta es su invitación y, al mismo tiempo, la invitación que nos propone la larga historia de su interpretación. No podemos negar que, finalmente, es la música la única que nos define al músico y ella está ahí a nuestro lado.

Técnicamente, su escritura musical alcanza niveles inigualables, pero nunca la veremos atrapada por las convenciones y los formalismos. Es lo que nos hace afirmar que, si bien es una música “antigua”, ella nunca dejará de ser actual. Por medio del artificio de la nota y la escritura, Bach es capaz de transformar en partituras —en sonidos, voces y silencios: en materia— la profundidad de una experiencia interior en todas sus dimensiones. Sin duda la amplitud y la hondura de la producción musical de Bach traduce una fuerza de vida, una potencia creativa indomable, una naturaleza voluptuosa.

LA FUERZA DE LOS DESEOS

La escucha de sus pasiones, cantatas, corales y motetes puede parecernos llena de discontinuidades: rupturas de los movimientos ascendentes,

cromatismos, largos silencios; rupturas de ritmo, de tiempo e, incluso, de relaciones armónicas y de estilos. Todo esto no viene del azar y el lugar que ocupan está íntimamente ligado al texto que, en no pocas oportunidades, es el mismo Bach quien lo escribe. Son los elementos que nos muestran que incluso en la música existe la tarea de pasar del discurso a la experiencia; de aquello que los textos dicen, a su más pura realización. Ejemplo creador que muestra, en definitiva, una verdadera lectura del Evangelio por medio del arte.

En Bach hay “emergencia del deseo” que se despierta y se deja trabajar gracias a la inspiración del sonido misterioso de “La Palabra”, la música de Dios. Si escuchamos con atención la música de Bach podríamos tal vez ser conducidos a la ambivalencia de nuestros propios deseos y tensiones: vida-muerte, presencia del espíritu en la debilidad de la carne, cruz-resurrección... Para Bach era Lutero quien, en cierta forma, daba el tono. Todas las tensiones interiores aparecen, para la tradición luterana, claramente expuestas en la cruz de Cristo. Podríamos decir entonces que el “pensamiento musical” de Bach lleva la marca indeleble de la cruz y, al mismo tiempo, de la fuerza reparadora y libre de la Sabiduría creadora. Ejemplos notables de esta fuerza de los deseos podemos encontrarlos en el Credo de la *Misa en si menor*, magistralmente articulado por el “Crucifixus”, y en partes de la *Pasión según San Juan* donde quisieramos detenernos en dos imágenes: la negación de Pedro y la muerte en cruz.

“TODO ESTÁ CUMPLIDO”

Ante la negación de Pedro, Bach no se contenta con la brevedad del texto de Juan y utiliza partes del relato de Lucas y Mateo. El compositor quiere ser claro con sus auditores (nosotros) y quiere que comprendan cómo aquella negación representa la propia debilidad e indignidad del hombre. Cuando el gallo canta, Pedro se acuerda de las palabras de Cristo, sale del lugar donde estaba y llora amargamente. El recitativo se quiebra y exigiendo una voz “desnuda”, Bach obliga a llorar, en cierta forma, al mismo evangelista. En un *adagio* (que para Bach significa la presencia del dolor) se despliega una frase larga, casi interminable. Aparecen las más sombrías tonalidades menores, disminuciones de intervalos y acordes, una línea melódica torturada por retardos de tiempo y, a la vez, sostenida por movimientos cromáticos de un bajo que asciende y desciende. Como podemos ver, la música sola asume todas las representaciones dramáticas de una escena tantas veces leída o escuchada. En la brevedad del canto de un solista, se despliega toda una oración (*Pasión según San Juan*, N° 12c).

